

Tú constituiste el Tiempo -
Que yo consideré Eternidad
Una Revelación de Ti -
Era por tanto Deidad

Lo Absoluto - eliminó
Lo Relativo -
De modo que yo adaptara a Él
Mi lenta idolatría -

Emily Dickinson, poema 488¹

Preludio

Hablar del placer (espiritual) no me resulta fácil. Surgió el deseo de hacerlo a raíz de la invitación de María-Milagros Rivera a unas cuantas mujeres del Centro de Investigación Duoda para hablar sobre ello porque había ido saliendo en varias reuniones y a algunas de nosotras nos interesaba mucho. Queríamos prestar atención a esta experiencia porque como mujeres apenas encontrábamos nada en el lenguaje escrito que diera *expresión simbólica*² a lo que intuíamos. Porque pensamos que a pesar de lo que dice la tradición judeocristiana occidental,³ la carne y el espíritu no están reñidos, no son una antinomia. Para mí, cuerpo y espíritu son uno. Los seres humanos, en este caso las mujeres, tenemos implícita en nuestra existencia la capacidad de trascendencia, de ir más allá de las cosas materiales que necesitamos para vivir. Por ello en todas las culturas del planeta se han originado creencias religiosas que muestran este deseo de trascender.

Tengo cierto pudor a escribir sobre el placer -espiritual- porque desnudar el yo siempre da temor. Quiero evitar la deliberación lógica-consciente e intentar abordarlo

partiendo de mis nudos interiores. Y desde aquí se ha escrito poco, a no ser desde la mística. No es algo que sea fácil porque implica acallar la cháchara del ego, apaciguar su agitación, para hacer posible el pensamiento genuino, lo Otro. Muchas veces la imposibilidad de hacer eso me ha sumido en la mudez.

Otra dificultad añadida es que solemos experimentar más dolor que placer. O al menos le prestamos más atención. Y me pregunto si la experiencia del dolor también se puede vivir desde la trascendencia; reconocerla sin pretender eliminarla inmediatamente con pastillas. A veces el dolor nos hace presente el cuerpo, la existencia, señalando su desorden. Y por otro lado, en una de las experiencias de las que hablaré, el dolor sobreviene precisamente por la falta de placer espiritual en la relación con otro. Pero esto lo intuimos más que saberlo. Los miedos junto a la culpa que produce el nudo (o creencia inconsciente) lo vuelve hermético, invisible, lo tenemos tan incrustado en las células que nuestro pensamiento consciente no se percata de él. Solo intuimos su presencia cuando nos asalta una inquietud difusa, o fracasamos, o padecemos los síntomas sin causa aparente.

Otro tipo de dificultad, o más bien perplejidad, me embargaba cuando tenía un momento de plenitud, luminoso, y no sabía nombrarlo, no le prestaba la atención debida ni le daba la importancia que merecía porque me parecía que hablar de ello sería de locas.

Para mí es importante que podamos nombrar el placer espiritual en una relación (ya sea amorosa, de amistad, política, etc.). Cuando me implico y me pongo en juego en una relación, me lleva más allá, me permite atravesar lo momentáneo y me orienta hacia la trascendencia, a una vivencia de plenitud que no deja fuera mi ser para complacer o adaptarme al otro o la otra. El pasar por encima de este hecho atrae a nuestra vida la mentira, la vejación y la falta de respeto hacia nosotras mismas. Otra cosa es que,

aunque yo me implique con toda el alma en una relación, si la otra parte no lo hace, se pierde la trascendencia y me pierdo yo, si no salgo de ella. En realidad, mi constatación de que el placer si no es espiritual, no lo es verdaderamente, ha sido y es muchas veces una experiencia por la vía negativa. O sea, lo he averiguado por mi frustración y mi dolor, al no darse.

Pienso que la primera experiencia de trascendencia placentera (y/o dolorosa) de relación con lo Otro para una mujer es con la madre.⁴ Y la manera en la que se haya dado esa relación originaria será importante para nosotras a la hora de evitar (o al menos percibir) las relaciones vejatorias (porque me deportan en el otro envileciendo mi alma).

Por mucha conciencia de mujer libre feminista que tengamos al afrontar algunas situaciones relacionales, nuestras creencias inconscientes (nudos) actúan ganando la batalla, o haciendo labor de zapa a la integridad de nuestro ser y desplazando esa conciencia de mujer potente sin que apenas nos enteremos. Nos da vergüenza, incluso a veces no podemos ser conscientes de que bajo nuestras decisiones o sumisiones (que justificamos racional e ideológicamente) están esas creencias, como “una carga al suelo”.⁵ Pero esa carga es un peso que nos hará humildes cuando nos percatemos de él, que nos permitirá poner los pies en la tierra y aceptar que ha llegado la hora de la verdad sin subterfugio; será la hora del aprendizaje.

Cuando el placer te saca de quicio

En una época de mi vida ya adulta (a los 40 años), recomenzando con mucha vitalidad una nueva etapa, con un deseo grande de relación amorosa después de una separación traumática de la que había hecho ya el duelo, me encontré iniciando una nueva relación con un hombre que me redescubrió la capacidad de mi cuerpo para el placer sensual. Me entregué en cuerpo y alma. Le di a la relación, en mi imaginación, una dimensión que solo tenía para mí.

Seguí en ella incluso después de percibir que para él no era significativa.

Aquello pronto se convirtió en un infierno. El placer se había convertido en mecánico, adictivo. Empecé a sentir miedo, miedo también de mí misma, de ver que no estaba en mí. Había dejado de respetarme a mí misma cediendo mi casa interior a un intruso. Adoptaba una posición de sumisa en muchas ocasiones. Y lo más grave es que me veía incapaz de cortar con todo ello a pesar de mis intenciones. Claro está que él era buen manipulador. Era incapaz de amar, pero cada vez que yo decía basta, él comenzaba el juego del acoso con las llamadas, los mensajes... Estuve enredada en su juego perverso durante un año. Aquello rayaba en la ignominia. Me sentía en falso, asqueada. No podía seguir justificando mi apego a él con el amor. Me estaba traicionando a mí misma, con lo que añadía otra “carga al suelo”, la de la culpa. Esta contradicción se mostró también en mi cuerpo con síntomas.

Pero ¿no era yo una mujer concienciada? Esa conciencia de mujer libre ¿no había sido desplazada por el precepto inconsciente de uno de mis nudos interiores, transmitido por toda la genealogía femenina de mi clan? Y no de una manera teórica, sino silenciosamente, con actitudes cotidianas, con vacíos en la conversación, con miradas reprobatorias que se incrustaban en la piel. Ellas habían tenido que sostener una relación con un hombre a toda costa, porque de eso dependía su vida material, y la vida de sus criaturas. Era uno de esos mandatos tácitos que pesaba sobre ellas y que les había servido en sus vidas para poder sobrevivir material y socialmente.

Pero no era ese mi caso porque yo tenía independencia económica y ninguna criatura. Pero ¿tenía independencia simbólica?

¿Se puede romper el engranaje de esta cadena de transmisión para liberarse y liberarlas?⁶ Creo que sí. Pero

teniendo claro que no es suficiente hacerlo con la razón teórica-deliberativa, ni basta con leer los libros de nuestras maestras⁷ si no se sigue profundizando más allá de lo mental o intelectual; son importantes, por supuesto, porque nos señalan el nudo y nos orientan para transformarlo; pero liberarnos de la pequeñez que el miedo nos produce no es tan sencillo. Si pasamos por encima de esto caeremos en una mera repetición de lo ya dicho, sin dar posibilidad al pensamiento genuino ni a la propia libertad.

Una de las cosas que me está sirviendo es la búsqueda interior, con distintas herramientas, incluida una atención firme a mis emociones y reacciones para sacar del pozo de sombras esa trabazón que ancla mi cuerpo al fondo; hay momentos en los que da pavor y dolor lo que vislumbra porque viene a tu encuentro una imagen de ti que no es la que esperas; es importante no escandalizarse ante lo que vemos, ni emitir juicios que den lugar a la culpa porque ellos vienen del ego que se mueve en la antinomia⁸ y además es reacio a cambiar.

Otro temor que surge en este momento es el miedo a volverse loca. En mi caso ese temor secreto me llevaba a la digresión, a la distracción, me alejaba de lo importante. Para sanar esos miedos paralizantes acudí a lecturas de todo tipo, pero no me bastaron,⁹ y en mi caso también desconfiaba de la psicología, por lo que acabé apoyándome en otras tradiciones sanadoras alternativas que prestaban atención a la totalidad de cuerpo y espíritu que yo era.

Llegué a ellas por la experiencia de otras amigas en situación parecida. Precisamente por esto último es fundamental mantener relaciones de confianza con otras que nos ayuden a dar expresión simbólica a esa experiencia, porque es preciso, cuando otras mujeres se encuentren con esa situación dolorosa en su vida, que sepan que eso ya les ha ocurrido a otras, que pueden salir de la dualidad de la culpa-rabia, que nos mantiene sujetas en la miseria y en la impotencia.¹⁰

El sentido político del placer espiritual: la relación a dos¹¹

El placer espiritual está presente también en la relación de confianza que una mujer tiene con otra. Abre caminos para realizar proyectos en común y vuelve posibles los proyectos propios de cada una. En mi experiencia laboral y de práctica política como integrante del grupo de mujeres del Centro Duoda he aprendido que tanto mi trabajo como mi implicación política en el grupo se hacían más placenteros y eficaces si había una relación a dos con otra. A veces las relaciones en el entre-mujeres del grupo han resultado complicadas y difíciles, y por momentos, dolorosas. De ahí he salido con bien gracias a esa relación de confianza con otra porque desde ella he podido tender puentes con el grupo. No basta la amistad o el afecto. Es un deseo que va más allá de conseguir esto o lo otro; pero eso sí, con independencia simbólica, o sea, no se trata de que haya una “comunidad espiritual”. Tiene que haber “un límite sagrado”¹² en esa relación, o como dicen desde la mística, “un velo impenetrable”, para poder respetar la integridad de la otra. El ser consciente cada una de su sí-misma, de su singularidad y a la vez, hacerse impersonal¹³ para que en la relación haya entendimiento y largueza de miras.

Aún así hay que cuidarla con delicadeza porque no se libra de la confusión y malos entendidos. En la relación a dos los nudos inconscientes tienden trampas y ello hace que nos sintamos en falta, o amenazadas, u ofendidas. O al revés, percibimos que la otra no ha estado a la altura, o que se equivoca... etc. En estas circunstancias saber atender el negativo que haya surgido, sin esquivarlo -esperando el tiempo necesario para ser capaces de desplazarnos del victimismo o del enfado- y poder hablar con la otra desde el ser (que quiere decir también desde mi cuerpo, porque es en el cuerpo donde los síntomas del malentendido se han manifestado como dolor o enfermedad). Hacer esto me ha ayudado a tomar conciencia del nudo, que no siempre se deshace, pero que si se hace presente, ya es mucho. Cuando esto se logra, la relación vuelve a la luz. Ha sido en los nudos de estos conflictos donde he percibido las huellas de

la relación originaria con mi madre. Como fuente de ellos en muchos casos y, en otros, como sabiduría luminosa para afrontarlos.

Otras veces la amistad entre mujeres trae consigo distintos riesgos. Uno de ellos es la utilización de la relación o del grupo para algún fin que nada tiene que ver con la amistad ni con el proyecto común. Y sobre todo cuando en el contexto laboral o de trabajo en grupo tendemos instintivamente a buscar el “delicioso acuerdo” porque resulta menos conflictivo y más fácil. Eso muestra que es mi yo y no mi ser quien domina en la relación, quien manda es el miedo que tengo de que la otra me vea tal como soy; entonces son los *nudos-demonios* quienes juegan la baza; y lo que es más habitual, nos tornamos espejo mutuo donde se proyectan esos demonios de cada una. Esto frustra la relación, no deja espacio a la trascendencia ni al hacer creativo. La consecuencia es el recurso a la manipulación y a la miseria femenina.

En cualquier caso, aunque se tropiece hay que arriesgarse porque lo que se gana es muy grande, y como dice Lia Cigarini hablando de buscar mediaciones distintas de las del orden dado: entre mí y mí y entre mí y el mundo, una mujer.¹⁴ Ahora bien, qué mujer es lo que hay que averiguar y decidir.

El sentido político del placer en la relación con un grupo

Otra expresión de placer espiritual en mi experiencia reciente es la que se origina la mayoría de veces que nos reunimos las mujeres del grupo Miércoles de Poesía,¹⁵ que creé en 2011 en Barcelona.

Me animó a ello el oír decir a María-Milagros Rivera Garretas en una presentación de un libro, que las mujeres nos reuníamos y hablábamos mucho, pero que fundábamos poco, y parte de esa riqueza que surgía del estar-juntas se perdía. Efectivamente, a mí me causaba mucha inseguridad

y miedo llevar a cabo un proyecto así porque significaba un compromiso grande, pero al escuchar sus palabras me di cuenta de que tenía que lanzarme. Desde luego ha merecido la pena seguir esa intuición porque lo que allí se da me ha hecho percibir con más finura el alma humana y me ha dado la oportunidad de relacionarme con libertad y ligereza con otras mujeres sabias.

El grupo es pequeño, lo que hace posible la calidad e intensidad de la relación. Escuchamos, sentimos y hablamos de poesía de mujeres desde las entrañas. Eludimos hablar desde el plano discursivo intelectual o desde el canon literario. Cada una interpreta el poema desde aquello que lo hace resonar en su experiencia viviente, en su interior. Y la mayoría de las veces, al compartir entre nosotras esta percepción del poema, se suscita un momento de escucha, de plenitud, que ilumina las vivencias oscuras que duermen en lo secreto del alma de cada una. De ahí surge a veces una sensación de “comprender como uno”¹⁶ fidedigno al placer del espíritu.

En la relación consigo misma también está la política

Otra de las ocasiones en las que he sentido esa plenitud, me la ha recordado Clarice Lispector en sus *Cuentos reunidos*. Yo como ella, durante la niñez y la adolescencia, y supongo que como otras muchas de mi generación, fui lectora clandestina. Después en la madurez, aunque viviera en pareja, me gustaba leer a solas como si buscara la intimidad con el libro. Y algunas veces he sentido esa “epifanía” de la que habla C. Lispector. Al leer un relato de Katherine Mansfield, Clarice sintió una “felicidad clandestina”: “un libro que contenía frases tan diferentes que me quedé leyendo, presa, allí mismo. Emocionada, yo pensaba: ¡pero ese libro soy yo!” Hace decir al personaje del cuento *Felicidad clandestina*, una niña: “Vivía en el aire... Había en mí orgullo y pudor. Yo era una reina delicada. A veces me sentaba en la hamaca para balancearme con el libro abierto en el regazo, sin tocarlo, en un éxtasis purísimo”.¹⁷

La intensidad que a veces brotaba de la lectura de un libro para mí también eran momentos preciosos de abundancia “de Ser” que luego se dilataban en una relación de intercambio con el mundo. En esta última etapa de mi vida he sentido algunos de esos momentos leyendo libros de poesía, por lo que después compartía con las mujeres del grupo Miércoles de Poesía ese placer clandestino.

Esa sensación de goce espiritual la he sentido también en las escasas veces que te la regala la naturaleza cuando caminas en soledad y surge una afinidad con lo que hay, sin juicio, sin pensamiento, dejándose empapar por su potencia, sin apego, sabiéndome finita, pero envuelta en la grandeza de todo lo viviente.

Las mujeres disfrutamos del “poder de elegir”, una capacidad implícita en nuestra humanidad. Tenemos la opción de salir de sí (dejando la pequeñez del yo) y entregarnos a la firmeza de nuestro ser, porque es ahí donde habita lo mejor de nosotras, el deseo de trascendencia. Si nos fiamos de su grandeza y le obedecemos, nuestros miedos se aquietarán y estaremos cerca del placer espiritual.

Porque tiene que ver con esto último, y porque me agrada acabar así este escrito, os dejo en prenda otro poema de Emily Dickinson, (1125) *El Paraíso es de la Opción*:¹⁸

El Paraíso es de la Opción.
Cualesquiera que quieran
Viven en el Edén no obstante
Adán y la Revocación -

Recepción del artículo: 28 de diciembre de 2015
Aceptación: 15 de enero de 2016

Palabras clave: Placer - Nudo - Espiritualidad - Simbólico - Ego - Inconsciente - Genealogía femenina

Keywords: Pleasure - Spirituality - Symbolic - Ego - Unconscious - Female Genealogy

notas:

¹ Poema 488, en Emily Dickinson, *Poemas 1-600. Fue - culpa - del Paraíso*, edición bilingüe, prólogo, traducción y lectura de los poemas en español por Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: Sabina editorial, 2012; 940 páginas. Contiene CD con la lectura de los poemas en formato mp3.

² Aprendí esto de María-Milagros Rivera Garretas en las reuniones del Centro Duoda, UB.

³ No incluyo en esta afirmación a la mística que ha florecido en esa tradición, porque en ella cuerpo y espíritu se han mantenido unidos, quizá no explícitamente pero sí sustancialmente.

⁴ Como para muchas mujeres europeas, también para mí la lectura de *El orden simbólico de la madre* de Luisa Muraro fue crucial en mi vida (y el debate posterior con ella y otras sobre el sentido del libro en el periodo que dio clases en el Máster en Estudios de la Diferencia Sexual y en los seminarios de Duoda). *El orden simbólico de la madre*, trad. Beatriz Albertini, Mireia Bofill y María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: horas y Horas, 1994.

⁵ Verso del poema: “Aprendiz” de Marina Tsvietáieva: “Hay una hora - como una carga al suelo: / cuando domamos nuestro orgullo. / Hora de aprendizaje que tiene su momento, / solemne, sin subterfugio. / La alta hora en que dejamos las armas / a los pies del señalado por el Dedo / y cambiamos la púrpura del guerrero / por la piel de camello en la playa. / Oh, esa hora que a una hazaña nos apura / como una voz desde el caos cotidiano. / Oh, esa hora en que nos doblamos por nuestro peso, como el trigo maduro. / Ya el trigo está en cieme, llegó la hora alegre, / el grano está pidiendo molino y piedras. / ¡Es la ley! El yugo que anhelo desde siempre / en el seno de la tierra. / ¡Hora de aprendizaje! Pero otra claridad / Vemos y conocemos - otra aurora que prende. / Bendita sea la hora que viene - / ¡Hora suprema de la soledad!” (*Antología poética*, Madrid: Hiperión, 1996, p. 123).

⁶ Liberarlas, sí, aunque ya no estén vivas. Si nos hacemos conscientes de ello y cambiamos esas creencias, podemos también perdonarlas, perdonarnos (desde el Ser, no desde el yo) y esto podrá cambiar su relación con nosotras, sanando la frustración, el rencor, atravesando el dolor del nudo para ver la luz de su potencial. Recordad lo que para Simone Weil era lo “Sobrenatural” (ver nota 8).

⁷ Quizá recalque esto porque soy una “lectora empedernida” (cuando era

pequeña mi madre me reñía porque leía muchas veces a escondidas y eso me robaba tiempo a otras tareas, como aprender a bordar). Y porque ahora me he percatado de que en algunos momentos de mi vida me he demorado en lecturas para soslayar lo crucial: el miedo a crear, a vivir, a ser. Sin embargo aprovecho para indicar algunas de las que me han señalado lo importante y han iluminado mi espíritu: Doris Lessing, Clarice Lispector, Karen Blixen, María Zambrano, Teresa de Jesús, María-Milagros Rivera, Luisa Muraro y todas las autoras de la Comunidad filosófica Diótima, las obras de múltiples poetas y las otras autoras citadas ya en este texto, además de un largo etc. que no cabe en una nota.

⁸ Simone Weil en algunos de sus escritos, y sobre todo en *El conocimiento sobrenatural*, Madrid: Trotta, 2003, p. 187-189, habla de renunciar a ser “alguien”, dar el consentimiento a ser “algo” para salir del ego y acercarse al vacío que requiere la espiritualidad, el momento sobrenatural que sobreviene cuando se trascienden las contradicciones de la realidad, y las situaciones que parecían imposibles se revelan posibles. Dice también más adelante, en las páginas que van de la 201 a la 208: “Es el desapego lo que hace eternas todas las cosas”. Sobre esto ver también el capítulo VI “El obstáculo”, del libro de María-Milagros Rivera Garretas, *Teresa de Jesús / Teresa of Ávila*, edición bilingüe español-inglés, Madrid: Sabina editorial, 2014, p. 56-65, donde expone con agudeza cómo el “yo y el apego al yo son el gran obstáculo de la revolución mística”, o sea del placer espiritual cuando se pone en relación.

⁹ Teresa de Jesús aconsejaba lo siguiente para lograr la quietud interior en la “oración mental”, que era otra manera de indagar en sí buscando la plenitud: “Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso. Quédense las letras a un cabo. Tiempo vendrá que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a Su Majestad, porque ayudan mucho. Más delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representamos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba”, Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, cap. 15, p. 8. También en la tradición cristiana oriental de los primeros siglos había una corriente en Grecia, la *Hesychia* (“Silencio interior”) a cuyos místicos se les llamaba *hesycastas*; el más conocido fue Evagrio Póntico, en el siglo IV, que decía a sus monjes que orar era despojarse del pensamiento, desnudar el alma de palabras y de conceptos para acercarse a Dios y poder tener una experiencia inmediata de lo divino. (Ver: Karen Armstrong, *Una historia de Dios*, Barcelona: Paidós, 1995, p. 245-247).

¹⁰ Esto lo expresa bien el poema 889 de Emily Dickinson: Así es la Fuerza de la Felicidad - / La Mínima - puede levantar un tonelada / Asistida por su estímulo - / Quien Miseria - Sustente - / No puede permitirse / Tendón alguno - / Su propia Carga - / Demasiado infinita para / Las lentas capacidades de la Conciencia -

¹¹ La imagen de que el placer espiritual tiene también un sentido político me la ha inspirado el libro: *Un altro mondo in questo mondo. Mística e política*, al cuidado de Wanda Tommasi, Bérgamo: Moretti & Vitali, 2014.

¹² O como dice Anna Ajmátova en el poema *Hay en la intimidad un límite sagrado...*: “Hay en la intimidad un límite sagrado / Que trasponer no puede aun la pasión más loca / [...] La amistad nada puede, nada pueden los años / De vuelos elevados, de llameante dicha, / Cuando es el alma libre y no la

vence / La dulce languidez del goce y la lascivia. / Pretenden alcanzarlo mentes enajenadas, / Y a quienes lo trasponen los colma la tristeza. / ¿Comprendes tú ahora por qué mi corazón / No late a ritmo debajo de tu diestra?” Traducción de María Teresa León en <http://trianarts.com/recordando-a-anna-ajmatova-hay-en-la-intimidad-un-limite-sagrado/>.

¹³ Simone Weil, ver nota 8.

¹⁴ Creo recordar que Lia Cigarini lo dice -entre otros escritos - en *La política del deseo: la diferencia femenina se hace historia*, Barcelona: Icaria, 1995 (En cualquier caso se lo he oído decir en muchas ocasiones a María-Milagros Rivera cuando venía a colación en las reuniones y seminarios de Duoda).

¹⁵ El grupo (“Dimecres de poesia”, en catalán) se reúne un miércoles al mes; es abierto, aunque rara vez somos más de 12 o 13. Los encuentros tienen lugar en La Bonne Centre de cultura de dones Francesca Bonnemaïson de Barcelona. Con ellos quería recuperar la tradición oral de la lectura en grupo de nuestras abuelas y bisabuelas y el placer de la relación que se daba en ellos. Ahora es más que eso.

¹⁶ Verso del poema 1379 de Emily Dickinson: Cómo se ha de sentir una Noticia cuando viaja. [...] ¿Qué harán las Noticias cuando todos los Hombres / Comprendan como uno / Y en todo el Universo / No quede nada que decir?

¹⁷ Clarice Lispector, *Cuentos reunidos. Felicidad clandestina*, Madrid: Siruela, 2013, p. 211-216.

¹⁸ Emily Dickinson, *Poemas 1201-1786. Nuestro Puerto un secreto*, tomo 3º y último, traducción de Ana Mañeru Méndez y María-Milagros Rivera Garretas, Madrid: Sabina editorial, 2015.